

27 de enero
Día Internacional de Recordación del Holocausto
Porque recordar. Para que olvidar.

“Hubiera querido despertar una mañana y descubrir que el Holocausto no ocurrió. Que solo fue una alegoría, una pesadilla pasajera. Hubiera querido no recordar nada. No contar. No fortalecer la memoria, no recoger más testimonios, no levantar más monumentos, no volver a explicar, una y otra vez, que son los corderos y qué es un matadero, qué es el sufrimiento y qué es el heroísmo”.

Arieh Palgy, Olvidar

En una fecha como la de hoy, pero de hace 65 años, en horas de la tarde soldados del Ejército Rojo entraron a Auschwitz. Encontraron ahí 7.650 prisioneros enfermos y los cuerpos de 600 prisioneros asesinados por los nazis pocas horas antes de la liberación del campo.

Muchas veces nos preguntamos la razón de porque traer al presente hechos dolorosos del pasado. La respuesta es difícil. Lo entendemos cuando lo hacemos desde el sentimiento, desde lo individual, pero es más complicado cuando pretendemos que el colectivo social tenga presente un pasado de sufrimiento de “otros”. Más aun cuando lo recordado se sitúa varias décadas atrás donde quien lo trae al presente aun no había nacido.

Lo que la historiografía tradicional denomina Holocausto, y que hoy llamamos Shoá, refiere a la persecución, muerte e intento de exterminio al pueblo judío por el hecho de serlo, ocurrido en Europa dominada por el régimen alemán nazi. Una persecución y muerte que incluyó también al pueblo Gitano, personas alemanas con alguna discapacidad, y a minorías políticas (comunistas y socialistas principalmente), sexuales (homosexuales) y demás opositores al régimen. La ideología propuesta por Adolfo Hitler y su partido Nacional Socialista (Nazi) definió como enemigo principal a una entidad que catalogó como racial: el Judío. Sobre él se concentraba todos los males que luego éste irradiaba sobre la buena sociedad alemana. Por lo tanto había que exterminarlos. Eran inferiores pero fundamentalmente eran “malos”. Decía Hitler en un ensayo de 1922 “nunca un peligro producido por una maldad intencional, será vencido por el mero reconocimiento de su naturaleza maléfica o de su fuerza provocadora, sino por una confrontación deliberada con otra fuerza”. En el mismo ensayo escribió “La raíz principal de toda ésta desgracia, el germen básico de esta enfermedad de la raza, es el Judío”.

La década del 30 fue propicia para el desarrollo de un sistema de ideas que configuró el nuevo estado alemán. En el año 1935 tuvo, en las llamadas Leyes de Núremberg, su más clara y nefasta manifestación normativa. Fueron promulgadas la Ley de Ciudadanía del Reich y la Ley para la Defensa de la Sangre y el Honor Alemán. Por la primera se estableció que “Un ciudadano del Reich es un súbdito del Estado, de sangre alemana o de afinidad consanguínea”. Por la segunda se “prohibían los casamientos entre judíos y súbditos del Estado de sangre alemana o de afinidad consanguínea”. Además se agregaba que “los judíos no podrán emplear en sus casas a mujeres súbditas del Estado de sangre alemana o parentesco, menores de 45 años”.

Por reglamento dictado el 14 de noviembre de 1935 se estableció que "Un Judío es una persona que desciende, por lo menos, de tres abuelos plenamente judíos de raza".

Paralelamente a las medidas legales y económicas, escribe Israel Gutman en *Holocausto y memoria*, tuvo lugar un proceso constante de exclusión cultural y segregación social. Se prohibió a los judíos, entre otras cosas, sentarse en bancos de las plazas y parque publicaos; ser miembros en agrupaciones deportivas; tener animales domésticos, etc. Los miembros de agrupaciones estudiantiles se paraban en las puertas de los auditorios y prevenían a los asistentes que no entraran a clases dictadas por profesores judíos.

En el transcurso de los años 1937 y 1938 los reglamentos que despojaban a los judíos de su lugar en la sociedad y en la economía fueron en aumento. La culminación de este proceso se expresó en el traspaso de las industrias de propiedad judía a manos arias (arianización). En 1938 se impuso la obligación de anteponer los nombres Israel y Sara para identificar todos los nombres personales de judíos. Luego del pogrom llamado *Noche de los Cristales*, en el que se destruyeron 1000 Sinagogas, 800 comercios fueron incendiados y saqueados, y cientos de viviendas dañadas, fueron asesinados 91 judíos y 30.000 arrestados y enviados a campos de concentración. A partir de este hecho el gobierno dictó varias leyes para terminar de excluir a los judíos de la sociedad, como por ejemplo, les fue vetado el ingreso a las escuelas públicas y se prohibieron las organizaciones judías; se les prohibió la entrada a lugares públicos y poseer libreta de conducir.

El antisemitismo no era algo novedoso para la Europa de aquellos años, pero si su formulación como política de un estado y la creación de una copiosa legislación que fue regulando la expulsión y segregación. Desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial pueden identificarse dos líneas básicas en el antisemitismo europeo. En Europa Oriental, el anti judaísmo se inspiraba, aunque no de modo exclusivo, en fuentes religiosas. En contraposición, en Europa Occidental y principalmente en Alemania, el antisemitismo basaba sus premisas en ideologías políticas contemporáneas y en concepciones de mundo racistas. Los judíos eran presentados, según Gutman, como un cuerpo que amenazaba la estabilidad social.

En un discurso del año 1920, citado por Gutman, Hitler exclamó "No imaginéis que se puede luchar contra la enfermedad (el espíritu judío) sin matar a su causante, sin exterminar el microbio y no penséis que lograréis luchar contra la tuberculosis de la raza sino garantizando que el pueblo esté limpio del microbio portador de esa enfermedad. Las influencias del judaísmo nunca acabarán y la contaminación del pueblo alemán no se detendrá en tanto no sea extirpado el causante de la enfermedad judía de nuestro cuerpo".

Lentamente los hechos del pasado por si va respondiendo la pregunta del comienzo. Cada una de estas prácticas políticas fueron construcciones humanas que lograron apoyos muy fuertes en la sociedad alemana y también indiferencia o apoyos pasivos de otros tantos. Como ocurrirá décadas más tarde con la política sudafricana del Apartheid - la segregación racial a la población negra de Sud África, o con otras fragantes violaciones a los derechos humanos.

Si esto fue posible en el seno de uno de los países más cultos de la culta Europa de los años 30, nada indica su posible no repetición (nos referimos a su

construcción ideológica y el intento de llevarla a la práctica). Su olvido sólo provocará un no aprendizaje e impedirá generar antídotos.

Pero el horror no terminó ahí, lo anterior fue solo el comienzo. Luego vendrá la política concentracionaria y finalmente el intento de exterminio.

El 24 de marzo de 1933 se construyó el primer campo de concentración: Dachau (para presos políticos alemanes). El 8 de octubre de 1939 se estableció el primer gueto en Piotrkow Trybunalski en Polonia invadida por Alemania. 1940 fue el año en el que inauguró el campo de Auschwitz y el gueto de Varsovia. Fechas emblemáticas pero que sólo marcan algunos de los múltiples lugares de muerte que inundaron Europa.

El 20 de enero de 1942 se reúne en un Palacio de la calle Wannsee en Berlín, una coordinación de los distintos organismos alemanes para concretizar en el menor tiempo posible el exterminio de los judíos de Europa.

Un texto de Hanna Arendt publicado en 1946 describe la aniquilación en los campos de concentración "después vinieron las fabricas de la muerte y todos murieron no en calidad de individuos, es decir de hombres y mujeres, de niños o adultos, de muchachas y muchachos, de buenos o malos, de bellos o feos, sino que fueron reducidos al mínimo común denominador de la vida orgánica, hundidos en el abismo más sombrío más profundo de la igualdad primera; murieron como ganado, como cosas que no poseyeran cuerpo ni alma, ni siquiera un rostro donde la muerte hubiera podido estampar su sello". Hay un acto peor que la muerte, el negar la posibilidad de morir como un ser humano, desdibujar la identidad de los cuerpos en los que la muerte puede dejar testimonio de que ese que murió había tenido vida.

Relata Liza (Lea) Zajac de Novera (tomado de la página de Yad Vashem) "Soy sobreviviente de Auschwitz. Llevo tatuado en mi brazo izquierdo el número 33.502 que me quitó mi adolescencia y mi identidad. Viví dos años en el Gueto de Pruzany, cerca de Bialistok, Polonia (mi ciudad natal) donde padecimos miseria y hambre. Llegamos el 2 de febrero de 1943 luego de viajar cinco días hacinados en vagones de ganado, sin agua ni comida, haciendo nuestras necesidades en un rincón. En el viaje, mi tío pidió agua por la ventanilla y los nazis lo mataron de un tiro en la frente. Al llegar, llevaron a mis padres y mis hermanos a las cámaras de gas. Los menores de 18 estaban condenados a la muerte. Yo, con mis 16, y un tapado que me hacía parecer mayor me mezclé entre las mujeres destinadas al trabajo forzado. Nos levantaban a la madrugada, con un trapo como vestido, tiritábamos. Sólo tomábamos un brebaje como café y un trozo de pan que parecía arcilla. Estuve en la Marcha de la Muerte. Los rusos nos liberaron a orillas del río Elba, el 23 de abril de 1945. Dos años después llegué a Argentina, vía Uruguay, de manera clandestina. Soy una de las primeras socias del Museo del Holocausto de Buenos Aires. Esto no nos pasó sólo a los judíos, le pasó al mundo".

Por resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas número 60/7 del 1º de noviembre de 2005 presentada en la 42º sesión plenaria de la Asamblea General, se recomendó incluir en los programas educativos las enseñanzas del Holocausto con el fin de ayudar a prevenir actos de genocidio en el futuro. En la resolución se advierte la aparición de "manifestaciones de intolerancia religiosa, incitación, acoso o violencia contra personas o comunidades basadas en el origen étnico o las creencias religiosas".

En ocasión se celebrarse el 27 de enero de 2006 el 1er acto internacional de Recordación del Holocausto el entonces Secretario General de Naciones Unidas Kofi Annan manifestó "Recordar es una repulsa necesaria a los que

dicen que el Holocausto nunca sucedió o ha sido exagerado. Negar el Holocausto es obra de personas intolerantes. Recordar también es una salvaguarda para el futuro. La profunda perversidad a que se llegó en los campos de exterminio nazis comenzó con el odio, los prejuicios y el antisemitismo. Rememorar esos orígenes puede servirnos de advertencia ante señales de alarma”.

En un estudio presentado a las autoridades de ANEP en el año 2007, el Prof. Gerardo Caetano, uno de los más prestigiosos académicos uruguayos, sostiene que “ha crecido el empuje por un fortalecimiento de la enseñanza de los Derechos Humanos en el currículo de la enseñanza formal e informal; se ha marcado con insistencia la relevancia del estudio y la investigación acerca del pasado reciente para recoger aprendizajes cívicos relevantes de la indagación en torno a pasados traumáticos, en los que se han practicado genocidios o experiencias de diversas formas de terrorismo, entre ellas, la de terrorismo de estado como fueron, en su tiempo y desde sus singularidades, el nazismo, el fascismo, estalinismo o las dictaduras de la “Seguridad Nacional” en América Latina”.

En 1998, en Suecia, un grupo de países y organizaciones multilaterales e internacionales de Derechos Humanos fundaron un Equipo de Trabajo Internacional Especial (Task Force) que actúa para impulsar la enseñanza, conmemoración e investigación del Holocausto. Del grupo latinoamericano sólo Argentina es miembro. Uruguay por su larga trayectoria en defensa de los Derechos Humanos y una trabajosa y democrática construcción de memoria, debería también ser parte activa de este foro internacional.

En la Declaración del Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto del año 2000 organizado por ese equipo de trabajo se concluyó “Con la humanidad aún marcada por el genocidio, la limpieza étnica, el racismo, el antisemitismo y la xenofobia, la comunidad internacional comparte la solemne responsabilidad de combatir esos males. Juntos debemos sostener la terrible verdad del Holocausto contra aquellos que la niegan. Debemos fortalecer el compromiso moral de nuestros pueblos, así como el compromiso político de nuestros gobiernos, a fin de asegurar que las generaciones futuras puedan comprender las causas del Holocausto y reflexionar acerca de sus consecuencias”.

En el apéndice agregado en 1976 a *Si esto es un hombre* (Muchnik ed., 1987), Primo Levi sostiene: “Quizás no se pueda comprender todo lo que sucedió, o no se deba comprender, porque comprender casi es justificar. Me explico: “comprender” una proposición o un comportamiento humano significa (incluso etimológicamente) contenerlo, contener al autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Pero ningún hombre normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e infinitos otros. Esto nos desorienta y a la vez nos consuela; porque quizás sea deseable que sus palabras (y también, por desgracia, sus obras) no lleguen nunca a resultados comprensibles. Son palabras y actos no humanos, o peor: contrahumanos, sin precedentes históricos, difícilmente comparables con los hechos más crueles de la lucha biológica por la existencia. A esta lucha podemos asimilar la guerra: pero Auschwitz nada tiene que ver con la guerra, no es un episodio, no es una forma extremada. La guerra es un hecho terrible desde siempre: podemos execrarlo pero está en nosotros, tiene su racionalidad, lo “comprendemos”. Pero en el odio nazi no hay racionalidad: es un odio que no está en nosotros, está fuera del hombre, es un fruto venenoso nacido del tronco funesto del

fascismo, pero está fuera y más allá de su propio fascismo. No podemos comprenderlo; pero podemos y debemos comprender dónde nace, y estar en guardia. Si comprender es imposible, conocer es necesario, porque lo sucedido puede volver a suceder, las conciencias pueden ser seducidas y obnubiladas de nuevo: las nuestras también”.

La sobreviviente uruguaya nacida en Polonia Ana Vinocur manifestó en 1987 siendo Secretaria General del Centro Recordatorio del Holocausto de Uruguay “Siempre tuve presente que los que sobrevivimos a la hecatombe nazi tenemos el deber de narrar nuestra historia. Es un triste recuerdo o terrible pesadilla, pero es necesario relatarlo para que las futuras generaciones no permitan que esto se repita jamás”

Prof. Oscar Destouet